

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE FILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 54 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veiate y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Glorias de España. García Paredes, por F. F. V.—
A mi hijo, poesía, por J. Ortega Gutierrez.—
Marta, novela por E. B.—Una página de Fernán Caballero, por F. C.

GLORIAS DE ESPAÑA.

GARCIA DE PAREDES.

(CONCLUSION.)

Un día llegó a sus oídos un confuso y lejano rumor, seguido de grande agitación dentro de la plaza. Eran los venecianos que se disponían a dar el último asalto, mandados por Pesaro, su general y también de las tropas auxiliares. En breve escuchó Paredes las voces de mando de jefes conocidos, el ruido de los instrumentos bélicos, y los disparos de una y otra parte. Después, cuando conoció que se daba el asalto, y él no estaba al frente de sus tropas; que la plaza iba a ser tomada sin que él, atado allí como un león a su cadena, pudiese tomar parte en los peligros de aquel día, y venganza de sus enemigos, el

furor y la desesperación se apoderaron de él. Aun no estaban cerradas sus heridas, ni había recuperado todas sus fuerzas, y sin embargo, poseído de despecho, sacude con sus brazos la cadena y logra al fin desprenderse de ella. Abalanzase en seguida a la puerta, la hace crujir sobre sus goznes, arranca pestillos y cerrojos y respira al fin fuera de su prisión.—«Ya estoy libre» exclama; pero al mismo tiempo la lanza de un centinela brilla junto a su pecho para disputarle el paso. Paredes se apodera con una mano de la lanza y la sostiene inmóvil, mientras que con la otra alcanza tal golpe al centinela, que le tiende atolondrado a sus pies, saliendo después a pelear en las calles, y contribuyendo con su aparición y su denuedo al triunfo que obtuvieron las armas cristianas.

Estos hechos que acreditan su valor, auxiliado por una fuerza portentosa, y que si no estuviesen apoyados en documentos incontestables, pudieran parecer hipérboles exageradas, son los que entre sus compañeros de armas le merecieron el renombre de *Sanson de Estremadura*.

IV.

Si su constante amistad con el gran Gonzalo, y la nobleza con que por ella respondió nate

los ociosos murmuradores de la corte, no bastasen para dar una idea del carácter generoso y caballeresco de García Paredes, lo probaría aun mas la notable respuesta que dió al duque César Borgia despues de la toma de Faenza. Quería el irritado duque pasar inhumanamente á cuchillo á todos los habitantes partidarios de los Orsinis; pero García se le opuso diciéndole:

—Mi espada es la de un soldado y no la de un asesino, y jamás se ensangrienta despues de la victoria. Podeis, señor, buscar quien os ayude en vuestro proyecto, porque desde este momento ya no sigo vuestras banderas.

Así lo hizo conforme lo prometió, yendo á reunirse á las tropas del Gran Capitan, que invadían el reino de Nápoles. Esta generosa compasion con los enemigos vencidos y desgraciados la tuvo Paredes hasta con sus enemigos personales, conforme lo acreditó en la toma de Cerinolas. Conquistada la plaza, se habian retirado al castillo el gobernador y los principales oficiales franceses, donde se defendían con el resto de las tropas. Creyendo haber dejado satisfecho el honor militar, se rindieron bajo condiciones ventajosas y aun obtuvieron de García un salvo conducto, para que nadie les inquietase en su salida del castillo, al marchar en busca de los suyos. Hechas estas estipulaciones de un modo amistoso y relevada la guardia del castillo por las tropas españolas, subió Paredes á alojarse en él, donde fué bien recibido por los franceses, cenando amigablemente con el gobernador y sus principales amigos. Estaba demasiado reciente su derrota, para que pudiesen entregarse á la alegría que suele inspirar un banquete, y aunque algunos comensales procuraban ahogar sus recuerdos con el vino, no así otros que dejaban traslucir su resentimiento: especialmente el gobernador, permanecía inmóvil, silencioso y con aire sombrío. Paredes llevado de un sentimiento de delicadeza y conociendo que su presencia imponía alguna sujecion á los franceses, se levantó de la mesa lo mas pronto posible, retirándose á la estancia que le habian preparado. Entonces pudieron ellos hablar sin recelo, desahogando su resentimiento y tratando de disipar la sombría tristeza del gobernador.

—Aun no está todo perdido, decían, y ese hombre que hoy tanto nos humilla, algun dia ha de caer en nuestras manos.

—Cómo caer! exclamó otro, pues ahora mismo ¿no le tenemos en nuestro poder?

Hubo un momento de silencio, prueba de que estas razones habian sido entendidas y de que ideas de sangre y venganza brotaban ya en aquellas cabezas acaloradas.

Uno al fin pronunció lentamente estas palabras.

—Le tenemos en nuestro poder, le odiamos de muerte y no hay entre todos quien se atreva á dársela!

—Silencio! exclamó el gobernador, ¿á que es proponer lo que no se ha de ejecutar? Eso es mas fácil decirlo que presentarse á ejecutarlo.

Como si estas palabras, mas que reconvencion fuesen un incentivo del crimen que meditaban, aquellos hombres enardecidos con la cólera y el vino, se levantaron, cogieron sus espadas y profiriendo imprecaciones se dirigieron, sin que nadie pensase impedirselo, al aposento donde Paredes descansaba.

El caballero español, fuese por desconfianza, fuese por un afecto de costumbre adquirida entre las privaciones de la guerra, ó mas bien porque sus proyectos para el inmediato dia le dejaban ya poco tiempo de reposo, no quiso aceptar el magnífico lecho que le estaba preparado, y sin aligerarse siquiera de ropa, se acomodó en un sillón, puesto junto á las colgaduras de la cama. Conservando su espada entre las piernas, reclinó su cabeza sobre un brazo, apoyado en el respaldo del sillón y así trató de pasar lo que faltaba de noche.

Empezaba apenas á conciliar el sueño, cuando se abrió la puerta de la estancia y aparecieron en ella los conjurados, que titubearon al entrar en la cueva del león; pero empujando los últimos á los primeros se lanzaron todos de tropel. Paredes vuelto en sí y conociendo lo que aquello podía ser, puso mano á la espada preguntando:

—Quién vá? mas viendo que los entrantes habian apagado la luz y se acercaban hácia él, empezó á repartir cuchilladas á diestro y siniestro redoblándose su cólera al sentir los quites de las espadas contrarias.

—Muera, muera ese maldito español, decían los franceses.

—¡A fuera los traidores! gritaba Paredes con voz de trueno y descargando tales golpes que daban en tierra con aquel á quien alcanzaban, produciendo entre unos y otros tal confusion y estruendo, que sobresaltados los españoles de guardia en la puerta del castillo, acudieron y ocuparon la puerta de la estancia de Paredes, antes que pudiesen salir de ella sus enemigos. Apresaronlos á todos y Paredes á favor de las luces que habian traído, paróse un momento á reconocerlos. Los soldados creían que la primera palabra que pronunciase seria mandarlos ahorcar, y enterados de su perfidia esperaban impacientes la orden de ejecutarlo: mas el generoso Paredes á pesar de que leía en los ojos de sus

soldados sus buenos deseos, se expresó en estos términos.

—Es preciso perdonarlos: su muerte ahora que están vencidos y humillados sería una venganza indigna de nosotros: indigna del honor español: dejémoslos vivir con ese perpétuo baldon que han lanzado sobre sus nombres, con ese sello de vergüenza y de infamia que ahora se advierte en sus semblantes.

Partieron al instante todos los franceses del castillo; pero fué necesario una escolta para preservarlos de los insultos de los soldados que se enfurecían al verlos pasar.

V.

La recompensa que obtuvo Diego García de Paredes, por tantos servicios y por haber pasado casi los sesenta y cuatro años de su vida en medio de los combates, forzoso es confesar que no fué proporcionada á sus merecimientos. Su nombre respetado de sus contemporáneos ha pasado á la posteridad como el de un valentísimo guerrero, mas sin ir acompañado de uno de aquellos pomposos y aristocráticos títulos á que parece le hacían acreedor sus hazañas, los peligros que había corrido y tantos combates contra tan diversas naciones. El rey don Fernando el Católico le armó caballero con su propia mano, como lo hizo con otros esclarecidos varones que hicieron á la España árbitra de los destinos de Europa. El Gran Capitan honraba á Paredes á su manera, confiándole las empresas mas peligrosas; y la mas señalada distincion que obtuvo fué debida al emperador Carlos V. Entre las gracias distribuidas por este monarca con el plausible motivo de su coronacion en Bolonia, cupo á Paredes la de ser creado caballero de la «espuela de oro.» En el diploma que le fue concedido con motivo de esta gracia se relataban como confesion del mismo emperador, todas las hazañas de Paredes, dejando así á la posteridad un documento auténtico de proezas increíbles, una brillante hoja de servicios, sin igual en los fastos militares de España.

Nuestro Paredes puede decirse que sobrepujó á los antiguos héroes de Grecia y de Roma, realizando hazañas que se habían tenido por fabulosas. Herido y embarazado con el peso de la armadura reprodujo en los torneos y desafíos aquellas gigantescas luchas de la Iliada, á las que ni aun los decantados héroes de Homero se entregaban, sin ejercicios preparatorios propios de los atletas.

Si Horacio Cocles, ayudado de Largio Herminio, defendió el paso del Janículo contra las tropas de Porsena hasta que los romanos cortaron el puente á sus espaldas, para impedirles penetrar en Roma, Paredes para facilitar á los españoles el paso del puente de Garrigliano, sostuvo el choque de un ejército, solo y espuesto á los tiros de la artillería enemiga. En fin, todas las circunstancias de la vida de este célebre campeón hispano, son tan recomendables y tan asombrosas las particularidades del empleo de su fuerza, que su memoria no puede menos de ser grata á los que se interesan en las glorias de su patria.

F. F. V.

A MI HIJO...

I.

Aparta ¡oh muerte! la guadaña impía
de mi tranquilo lecho:

no sumas en dolor el alma mía
con el doliente grito de agonía
que me desgarras el pecho:
no vea el nuevo día

mi corazón en lágrimas deshecho!

Penetra, si te place, en la morada
donde el crimen se oculta,
y la segur con mano despiadada
en su seno sepulta:
mas del sueño inocente,
la plácida alborada,
para un padre es de Dios rico presente;
esperanza riente,
que alienta el alma, de vivir cansada.

¿Qué mal pudo causarte el ángel mío?
¿qué puede el arroyuelo,
contra el torrente atronador; bravío?
desprendida del cielo,
de mi vida ardorosa en el estío
fué refrescante gota de rocío

¡Oh! ¡con cuánto placer mi vista ansiosa

sus angélicas formas contemplaba
¡con qué dicha mi mano temblorosa
contra mi amante seno le estrechaba!
¡cuántas veces posaba
mi lábio en su mejilla ruborosa!...

II.

¡Cuán rápidas pasaron sus caricias
que fueron de mi vida dulce encanto!
¡Cuán fugaces del mundo las delicias!...
por un día de bien ¡cuántos de llanto!...

Tal es el mundo; la carrera es corta:
el que pronto camina,
el sendero seguro y recto acorta
que á la region celeste lo avicina.

Cual el fugaz relámpago, tu vida,
iluminó un instante mi horizonte;
¡grata ilusion del alma apetecida,
que en premurosa huida
despareció tras el cercano monte!...

Adios, hijo del alma, adios; si el vuelo
lágrimas pide, brotará á mis ojos
en inmenso raudal mi amargo duelo:
¡Asperos son del mundo los abrojos!...
¡Ojalá que dejando los despojos
miseros en la tierra, en ráudo vuelo
cual la tuya, mi alma suba al cielo!

J. Ortega Gutierrez.

MARIA.

(CONTINUACION.)

Vé á la tienda del *Árbol rojo*, en casa de
maese Pastelot el pañero, y dí que tenga la bon-
dad de venir inmediatamente, dijo el obispo. Si
te pregunta el motivo de este llamamiento, dile
que tal vez necesitaré paño para una sotana nue-
va.

El page obedeció y el obispo se aproximó un
poco mas á la chimenea, porque al salir su her-
mana y el page habia penetrado por la puerta
una corriente de aire frio.

Apenas habian transcurrido diez minutos cuan-
do maese Pastelot se hallaba á las órdenes del
obispo, quien no pudo menos de admirarse de la
serenidad del jóven.

—Oh! oh! dijo para sí, el mozo es menos novi-
cio de lo que yo creia; ahora será mas difícil la
empresa.

Salve, maese Pastelot, dijo echando alegre-
mente su bendicion al jóven que se habia arro-
dillado, y haciéndole señas para que se levanta-
rá y se sentara á su lado. ¿Cómo está vuestra
respetable madre y vuestra lindísima hermana
Juana?

—Monseñor les hace honor y á mí tambien,
replicó el pañero.

—No os falta mas que una muger y un hijo
para ser sin duda el mas feliz de los hombres.

Logrado esto creo que nada mas deseais en
este mundo.

—Monseñor dice bien.

—¿Pues por qué no os casais?

—Porque todavia soy muy jóven, monseñor;
ademas no es cosa tan fácil casarse.

—¿Por qué? Vos sois un buen muchado; no
hay en todo Soisson un almacen mas acreditado
que el vuestro y sé que poseis cuatro buenas
casas.

Por nuestra señora de Soisson, no conozco vi-
llana ni señorita noble que no se considerara muy
feliz de teneros por esposo. Podeis pedir la mano
de la que mas os agrada, y tan luego como dijé-
seis vuestra eleccion, tendrais una esposa.

—Monseñor me trata con demasiada benevo-
lencia! Podria saber, monseñor, por qué se me ha
llamado?

Mirad el picaruelo! murmuró el prelado. ¡Por
Santiago, que su sangre fria hubiera hecho ho-
nor al mas galante caballero de la corte del loco
rey Enrique III! Vamos, amignito no hay para
que disimular; todo se sabe. Os han visto hacer
señas y dirigir miradas á una linda muchacha
que merece vuestra eleccion.

—Os juro, monseñor, que no comprendo una
palabra de lo que me decis. El obispo se inmutó
al ver la sangre fría de Juan.

—Pues que, dijo, ahora mismo no estabais ha-
ciendo jestos á mi pupila María?

El pañero no pudo menos de sonreirse.

—Monseñor, replicó, ahora mismo estaba re-
tozando en mi jardin con mi madre y mi herma-
na; Juana vió en una ventana de vuestro pala-
cio á una muger que nos miraba, y cesamos en

nuestros juegos por que nos avergonzamos de ser sorprendidos en los mismos por vuestra respetable hermana la señora condesa de Penevent. Despues fué cuando conocimos que era la señorita Maria.

Sonrióse á su vez el obispo; pero acompañó á su sonrisa un suspiro ahogado, porque conoció que Juan decía la verdad.

—Conozco, amigo mio, que ha habido un error en todo esto, y que no es cierto haciais señas á mi pupila ni á mi hermana. Perdonad amigo mio. Mañana enviaré á mi sastre á vuestro almacén, para que compre el paño para una sotana nueva. Hasta la vista.

Juan volvió á arrodillarse para recibir la bendición episcopal que le dió el prelado; despues, cuando el jóven se hubo retirado, corrió con toda la viveza que le permitian sus viejas piernas al departamento de su hermana.

—Todo ha sido un engaño, le dijo sentándose porque la precipitación que empleó para justificar á su protegida, le habia dejado sin aliento. No hay la menor intriga entre maese Juan y Maria; Pastelot, añadió reprimiendo una sonrisa, creia que eras tú, hermana, la que estaba en la ventana.

La sonrisa del obispo no se escapó á la mirada penetrante de la señora de Penevent, que se puso todavia mas pálida de rabia, pero se dominó y contestó.

—Poco me importa que seas el juguete de maese Juan el pañero! Afortunadamente no tengo porque ocuparme ya de sus intrigas insolentes y de sus excusas mas insolentes todavia.

—¿Luego sabeis tambien la verdad como yo?

—Sé, sé que he echado del palacio episcopal á la que no se avergonzó de introducir en él el escándalo.

—¡A Maria! has echado á Maria! lanzar vergonzosamente de mi casa á esa pobre niña que noha cometido otra culpa que tu injusticia y tu mal carácter! ¿Dónde está? Quiero que vuelva á mi casa. No consiento que salga de ella! ¿Qué será de la pobre niña que no tiene mas apoyo en el mundo que yó? ¡Cómo! despues de calumniarla vergonzosamente, quieras reparar tu falta echándola á la calle! Bastante tiempo he sufrido tus caprichos, pero te aseguro que esta vez no será así!

Y salió dejando á su hermana estupefacta al ver por la primera vez despues de diez años á su hermano contrariarla abiertamente.

Cuando la condesa salió de la habitacion de su hermano, entró montada en cólera en el cuarto donde habia encerrado á Maria. Sin proferir una palabra, la cojió por el brazo, la condujo ó

mas bien la arrastró hasta la puerta exterior del palacio episcopal, y allí, enseñándole el umbral, le dijo:

—Si volveis á poner los pies en esta casa, haré que os echen como merecen las que obran como voz.

Id á buscar quien apruebe vuestras intrigas, pero no pronuncieis jamás mi nombre ni el de mi hermano, si no quereis que os echen del pueblo, como yo os echo de esta casa.

Y se entó dejando á la pobre Maria desolada y moribunda, la cual desmayándose al fin, cayó en la escalera con la cara oculta entre las manos. En aquel momento salió Juan Pastelot, tan preocupado de su singular conversacion con el obispo, que sin verla tropezaron sus pies con la infeliz muchacha. Esta levantó maquinalmente la cabeza y Juan reconoció á la protegida del obispo.

—Señorita Maria! exclamó.

Ella solo contestó con suspiros.

—Todo lo comprendo ahora, dijo: esa mujer os ha echado! Quiere vengarse en vos de su grosero engaño y yo soy la causa inocente de vuestra desgracia! Veamos, añadió dulce y afablemente, cuáles son vuestros proyectos? Qué vais á hacer? porque es un deber mio ayudaros con mis consejos y mi apoyo. Dónde quereis que os conduzca?

—¡Ay! yo misma no lo sé! No conozco á nadie en el mundo! Estoy sin asilo y sin protectores, solo me resta morir!

—No será así! replicó el compasivo jóven, conmovido de tanta aflicción, no quiero que se diga que os dejo abandonada á tanta desesperación.

Pero como no sea este el sitio ni el momento mas apropiado para semejante conversacion, hacedme el honor de venir á casa de mi madre. Allí encontrareis una proteccion mas útil y mas positiva que la que puede ofrecer os un jóven como yo.

Enjugad vuestras lágrimas, señorita, porque os juro por la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que era nada menos que la del obispo, quien aproximándose á Juan y á Maria, sin meter ruido, pudo oír su conversacion. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oído! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú Maria apesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

Maria hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al pañero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te dá mi hermana no es soportable y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refugias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y á decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntarán por qué has escogido un refugio precisamente en la casa del que te acusan que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¡Como! exclamó el obispo estupefacto, lo habeis encontrado? Y cual es ese medio amigo mio?

—Que lleveis á la señorita María á casa de mi tia Catalina Margerin, la hermana de mi madre, que tiene un almacen de modas en la Plaza mayor, conocido con el nombre de la *Perla de oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiz. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas dificiles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Qué te parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—Bien! muy bien! exclamó el prelado. Enjugate tus ojos, María, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Este es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro: mi hermana que jamás sale de casa, yo que le guardaré y vosotros dos á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á nuestra tia, Juan, ni á vuestra madre y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado tenerlos ocultos detrás de esta columna. Adios, maese Pastelot.

El pañero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo y María y su protector se dirijieron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Júzguese cual seria la admiracion y la alegría de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacen, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pedir os un favor: aquí teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas,

y he resuelto que vos seais su maestra. Aquí os la traigo: vuestras condiciones serán las mias; ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y á hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrencia, saludó á la señora Margerin, besó á María en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegría. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercándose despues á su nueva discípula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la voluntad de la pobre niña, que poco há habia sido tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequios preliminares instaló á María en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su jóven huésped, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse no cuadraban ya á su nuevo estado.

Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador, y al anoecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiz á su pupila, en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitarla segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa mujer sentarse familiarmente en la trastienda y no desdeñarse de beber un vaso de excelente vino de grosella que ella sabia preparar.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin; hija de un rico vecino de Soissons, se casó á los 21 años con un jóven comerciante de telas á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamas la mas leve agitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatár á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estuvo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella excelente mu-

ger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestía luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Sola en su tienda de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamás se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda, suspiraba y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida; solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciese compañía que por los cuidados que pudiera prestarle.

Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la acogida que hallaria María al lado de aquel pobre corazón, despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. María encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no se que de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazón.

La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiz como á una compañera, con el abandono de una alma codiciosa de amor, y que al fin halla el objeto en que poder dignamente emplearlo. Esta ternura inteligente, nada tenia de exagerado en su expresion: era un bien estar apacible que experimentaba al lado de María, y un deseo infatigable, pero sin quisquillosa importunidad de agradarla; adivinaba sin trabajo todo lo que podia ser grato á su joven aprendiz y se lo proporcionaba antes que ella tuviera tiempo para desearlo. Poníase alegre y placentera siempre que María se entregaba á esas largas conversaciones, en las que un indiferente no hubiera encontrado mas que lugares comunes, pero

que abundaban para ella en mil vínculos morales que estrechaban sus corazones en una deliciosa y placida armonía.

(Continuara.)

E. B.

VARIEDADES

UNA PÁGINA DE FERNAN CABALLERO.

El precepto del ayuno es entre todos los de la iglesia el que mas se les atraganta á nuestros despreocupados. Paréceles absurdo eso de que se pueda honrar á Dios privándose de una parte del alimento del dia. Fernan Caballero, el esclarecido novelista católico español, cuya fama no es ya solo española sino europea, ha espuesto esta dificultad del despreocupado, y al mismo tiempo la sublime razon del ayuno católico en un breve diálogo que vamos á copiar de su bellísima novela, *Elia*.

La escena pasa entre Elia, señorita piadosa, y un don Narciso Delgado; sábio de relumbron y filósofo impio al uso.

—«¿Ayer ayunó V., señorita? dijo con su risa satírica y acibarada el señor Delgado; pues no creo fuese día de ayuno ni que V. tenga la edad.

—Verdad es, respondió Elia, pero lo hice por devocion y por gusto.

—¿Y halla V. gusto, dijo el Narciso, en sentir desfallecimiento, y cree V. es una devocion el tener el estómago vacío?

—Sí señor, respondió Elia.

—Y ¿cual es, señorita?... ¿me lo querrá V. explicar? preguntó el filósofo con ironía

—El que se halla, respondió Elia, en hacer un sacrificio.

—Cuando trae alguna ventaja al objeto á quien se lo hacemos, se puede comprender. Pero, señorita, ¿qué ventaja resulta á Dios de que su estómago de V. esté vacío?

—Ninguna, como tampoco de nada que podamos hacer en su obsequio, respondió Elia. Por eso su Divina Magestad admite las intenciones y recibe los corazones pues al fin es lo único bueno que tenemos...

—Elia, prosiguió otra señora presente, se te olvidó decir al señor que el ayuno es un precepto, y que por lo tanto consiste su principal mérito en la *sumision* que obedece, en la *humildad* que no examina, en la *deferencia* que respeta, en la abnegacion que cumple lo mandado, y en el público *testimonio* de fé en la infalibilidad de la Santa Madre Iglesia, que tan sábiamente y con tan buenos fines lo ordena todo.»

«Oiste, lector? Estamos en tiempo de ayunos, y no una sino muchas veces habrás oido á algun presumido incrédulo, burlas y chanzonetas sobre esta prescripcion de la Iglesia. Recuérdalo bien, y aprende á contestarle con estas breves palabras que encierran tomos de explicacion. El ayuno tiene todo el mérito del sacrificio, todo el mérito de la *humildad*, todo el mérito de la *obediencia*.

F. C.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

¡Oh! santas venturas del hogar, dulces lazos de la familia! ¿qué goces habrá en el mundo que puedan reemplazaros, qué afectos habrá en la tierra que logren sustituirlos?

Ningunas! ¡ay de mí! ningunas son tan puras, tan legítimas ni tan tranquilas!

Matilde lo comprendió así, y quiso volver atrás en la peligrosa senda que había seguido hasta entonces.

Pero para ello era preciso alejar á Octavio, era preciso que Javier volviera á recobrar su fé.

—Hablaré á ese hombre, pensó la jóven, le diré que se marche, que huya de mí: él no tiene derecho alguno á perseguirme de este modo. Yo no he aceptado resueltamente sus pretensiones, no he dado una repuesta afirmativa á sus palabras... algunas miradas, algunas sonrisas... nada! ¡oh! sí, es preciso que esto se acabe!

Y sin pensar en lo que hacía, como el beodo que ha asentado en falso un pié, y al querer asegurarse, tropieza de nuevo, y vacila y cae, así Matilde en el temor que la dominaba, en la agitacion de que era víctima, concedió á Octavio una cita, con el firme propósito de destruir sus esperanzas, de rechazar sus galanterías, de alejarle de sí, de terminar en fin aquella penosa situacion que amenaza su honra, su dicha su vida.

Octavio acudió presuroso, amaba á Matilde con una de esas pasiones impetuosas que por todo atropellan, que todo lo arrostran.

La jóven había aprovechado una ocasion en que Javier obligado por no sé qué mision que le habían confiado en el destino que ocupaba, tenía que ausentarse por dos ó tres dias: Matilde confió en esto... pero ¡ay! olvidaba que si la pasion lo vence todo, los celos lo dominan todo tambien.

Octavio acudió á aquella casa que pisaba por vez primera, loco de alegría, radiante de felicidad.

La esposa de Javier le esperaba temblando y le recibió trémula y turbada.

Antes de dejarle tiempo de pronunciar una palabra, le dijo la verdad del objeto de aquella entrevista, le suplicó que se alejara, que no volviera á verla jamas.

El desencanto de Octavio fué terrible, y como nada hay mas egoísta y mas grosero que esas pasiones que

no se apoyan en el aprecio, en la admiracion, en las altas cualidades del alma, al ver así burladas sus locas esperanzas, estuvo duro y cruel con la pobre muger que le suplicaba.

Echóle en cara sus distinciones, le arrojó al rostro, como otras tantas faltas sus preferencias, la acusó de torpe y faláz, y casi se creyó con derecho á reconvenirla y acusarla.

¡Ya se vé! había ella alentado tanto sus pretensiones, aunque de una manera sencilla en la apariencia! había procurado fijar su atencion de tal modo, que no era extraño todo aquello.

Matilde escuchó aquellos reproches, ofendida y desesperada.

Pero ¡ay! ya no era solo la humillacion de su amor propio la desgracia que le amenazaba!

Ya os he dicho antes que los celos lo avasallan todo, y Javier que amaba á su muger con locura y que sentía desgarrado su corazon con el puñal de la duda, olvidó su conveniencia, olvidó los deberes de su cargo, lo olvidó todo y volvió á su casa cuando menos lo esperaban y cuando nadie podía sospechar su vuelta!

Javier entró de pronto en el salon donde su esposa había recibido á Octavio, y á donde le suplicaba llorando que cesase de intentar verla.

¡Oh! lo que pasó en aquella casa fué horroroso, hijas mías.

Javier ciego, delirante, nada escuchó, á nada esperó! solo vió á aquel hombre en su casa, solo vió que Matilde lloraba, y lanzándose á Octavio como un loco, disparó sobre él dos tiros de su revolver.

El jóven cayó sin vida, Matilde sin conocimiento.

Javier no pensó en huir.

Estaba en un estado de exaltacion y demencia que no sabía lo que hacía.

La justicia le encontró allí, y le aprisionó sin resistencia.

Cuando su esposa volvió en sí, se encontró desopinada, se encontró sin esposo casi, sin padre para sus hijos, y teniendo sobre su conciencia la muerte de un hombre!

—¡Dios mío! ¿y qué pasó despues? preguntó Rosa que había seguido con vivo interés aquel curioso relato.

—Despues... despues... ¿qué quieres que pasara, hija mía, respondió la marquesa tristemente. Que Javier, atendiendo á las circunstancias que habían mediado, no fué sentenciado á muerte, pero sí lo fué á diez años de presidio, á diez años de infamante cadena.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez,

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.